

“Os habéis convertido al pastor y guardián de vuestras almas.”

Pedro habla a los judíos con palabras muy duras: “...al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías.” Sin embargo, ante este anuncio, los oyentes no se excusan: “no sabíamos que era el Mesías...”, “yo sólo pasaba por ahí...”, etc. ¡No! A aquellos judíos **“se les traspasó el corazón”**. Ellos se dejaron atravesar **por la palabra**, y al momento preguntaron: “¿Qué tenemos que hacer, hermanos?” Pues bien, y yo, ¿cómo me sitúo ante la palabra?, ¿me dejo traspasar por ella, tal y como me viene?, ¿o pongo excusas que, al final, la hacen perder toda su fuerza?

“Convertíos”. Es decir, cambiad el corazón, volved vuestra mente y todo vuestro ser hacia Jesús. Pero, ¿por qué hacer esto? Porque, como nos dice Pedro: “Cristo padeció por vosotros”, “llevó nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño”, “con sus heridas fuisteis curados”. Sí, Jesús es **“el buen pastor”**, el que **“da su vida por las ovejas”**. Si mi deseo de cambiar no nace de este amor que me tiene el buen pastor, durará bien poco. Medita hoy este amor, vuelve siempre a él, sólo así la conversión será posible, porque estará bien fundada.

“El Señor es mi pastor, nada me falta”. Convertirse a Cristo nunca defrauda, pues él es quien mejor nos conoce: “llama por el nombre a sus ovejas”. “Las ovejas lo siguen, porque conocen su voz”, y él las guía, las cuida, las apacienta, las acompaña por las “cañadas oscuras” de su vida, les prepara la mesa, habitarán con él por siempre... ¡Despierta! Jesús no viene a robarte la vida, sino a que seas feliz ya en ella. Siguiendo sus huellas, incluso en estos días duros, se cumplirá: **“yo he venido para que tengan vida, y la tengan abundante.”**

Rafael, seminarista

